

Nuestro campo por orden recogido,
Retirado del todo el enemigo,
Fué entre algunos un bárbaro cogido
Que mucho se alargó del bando amigo;
El cual acaso á mi cuartel traído
Hubo de ser para ejemplar castigo
De los rebeldes pueblos comarcanos,
Mandándole cortar ambas las manos.

Donde sobre una rama destroncada
Puso la diestra mano, yo presente,
La cual de un golpe con rigor cortada
Sacó luego la izquierda alegremente,
Que del tronco también saltó apartada
Sin torcer ceja ni arrugar la frente,
Y con desdén y menosprecio dello
Alargó la cabeza y tendió el cuello,

Diciendo así: «Segad esa garganta
Siempre sedienta de la sangre vuestra:
Que no temo la muerte, ni me espanta
Vuestra amenaza y rigurosa muestra;
Y la importancia y pérdida no es tanta
Que haga falta mi cortada diestra,
Pues quedan otras muchas esforzadas
Que saben gobernar bien sus espadas.

»Y si pensais sacar algun provecho
De no llegar mi vida al fin postrero,
Aqui pues moriré á vuestro despecho,
Que si quereis que viva, yo no quiero:
Al fin iré algun tanto satisfecho
De que á vuestro pesar alegre muero;
Que quiero con mi muerte desplaceros,
Pues solo en esto puedo ya ofenderos.»

Así que, contumaz y porfiado
La muerte con injurias procuraba,
Y siempre mas rabioso y obstinado
Sobre el sangriento suelo se arrojaba;
Donde en su misma sangre revolcado
Acabar ya la vida deseaba,
Mordiéndose con muestras impacientes
Los desangrados troncos con los dientes.

Estando pertinaz desta manera
Templándonos la lástima el enojo,
Vió un esclavo bajar por la ladera
Cargado con un bárbaro despojo;
Y como encarnizada bestia fiera,
Que ve la desmandada presa al ojo,
Así con una furia arrebatada
Le sale de través á la parada.

Y en él los piés y brazos añudados
Sobre el húmido suelo le tendia,
Y con los duros troncos desangrados
En las narices y ojos le batia:
Al fin junto á nosotros á bocados
Sin poderse valer se le comia,
Si no fuera con tiempo socorrido
Quedando, aunque fué presto, mal herido.

El bárbaro infernal con atrevida
Voz en pié puesto dijo: «Pues me queda
Alguna fuerza y sangre retenida
Con que ofender á los cristianos pueda,
Quiero acetar á mi pesar la vida,
Aunque por modo vil se me conceda,
Que yo espero sin manos desquitarme,
Que no me faltarán para vengarme.

»Quedaos, quedaos, malditos, que yo os digo
Que en mí tendreis con odio y sed rabiosa
Torcedor y solícito enemigo,
Cuando dañar no pueda en otra cosa:
Muy presto entenderéis cómo os persigo,
Y que os fuera mi muerte provechosa.»
Diciendo así otras cosas que no cuento
Partió de allí ligero como el viento.

No es bien que así dejemos en olvido
El nombre deste bárbaro obstinado,
Que por ser animoso y atrevido
El audaz Galvarino era llamado.
Mas por tanta aspereza he discurrido,
Que la fuerza y la voz se me ha acabado,
Y así habré de parar, porque me siento
Ya sin fuerza, sin voz y sin aliento.



CANTO XXIII

Llega Galvarino adonde estaba el senado araucano; hace en el consejo una habla con la cual desbarata los pareceres de algunos; salen los españoles en busca del enemigo; píntase la cueva del hechicero Fiton, y las cosas que en ella había.

Jamás debe, señor, menospreciarse
El enemigo vivo, pues sabemos
Puede de una centella levantarse
Fuego con que después nos abrasemos;
Y entonces es cordura recelarse
Cuando en mayor felicidad nos vemos,
Pues los que gozan próspera bonanza
Están aun mas sujetos á mudanza.

Solo la muerte próspera asegura
El breve curso del felice hado,
Que mientras que la incierta vida dura
Nunca hay cosa que dure en un estado:
Así que, quien jamás tuvo ventura
Podrá llamarse bienaventurado,
Y sin prosperidad vivir contento,
Pues no teme infeliz acaecimiento.

Y pues que ya tenemos certidumbre
Que nunca hay bien seguro ni reposo,
Que es ley usada, es orden y costumbre
Por donde ha de pasar el mas dichoso,
Gastar el tiempo en esto es pesadumbre;
Y así por no ser largo y enojoso
Solo quiero contar á lo que vino
El despreciar al mozo Galvarino.

El cual, aunque herido y desangrado,
Tanto el coraje y rabia le inducia,
Que llegó á Andalicán donde alojado
Caupolicán su ejército tenia:
Era el tiempo que el inclito senado
En secreto consejo proveia
Las cosas de la guerra y menesteres,
Dando y tomando en ello pareceres.

Espantado del talle y la torpeza
De aquel retrato de vejez tardía,
Llegué por ayudarle en su pereza,
Y tomar lengua dél si algo sabia;
Mas no sale con tanta lijereza
Sintiendo los lebreles por la via
La temerosa gama fugitiva,
Como el viejo salió la cuesta arriba.

Yo, sin mas atencion y advertimiento,
Arrimando las piernas al caballo
A mas correr salí en su seguimiento,
Pensando aunque volaba de alcanzallo;
Mas el viejo dejando atrás el viento,
Me fué forzoso á mi pesar dejallo,
Perdiéndole de vista en un instante
Sin poderle seguir mas adelante.

Halléme á la bajada de un repecho
Cerca de dos caminos desusados,
Por donde corre Rauco mas estrecho,
Que le cifien dos cerros los costados;
Y mirando á lo bajo y mas derecho,
En una selva de árboles copados
Vi una mansa corcilla junto al rio
Gustando de las yerbas y rocío.

Ocurrió luego á la memoria mia,
Que la razon en sueños me dijera
Cómo habia de topar acaso un dia
Una simple corcilla en la ribera;
Y así yo, con grandísima alegría,
Comencé de bajar por la ladera
Paso á paso siguiendo el un camino
Hasta que della vine á estar vecino.

Púdelo bien hacer, que en las quebradas
Era grande el rumor de la corriente,
Y con pasos y orejas descuidadas
Pacia la tierna yerba libremente;
Pero cuando sintió ya mis pisadas,
Y al rumor levantó la altiva frente,
Dejó el sabroso pasto y arboleda
Por una estrecha y áspera vereda.

Comencéla á seguir á toda priesa
Labrando á mi caballo los costados,
Mas tomando otra senda que atraviesa
Se entró por unos ásperos collados:
Al cabo enderezó á una selva espesa
De matorrales y árboles cerrados,
Adonde se lanzó por una senda,
Y yo también tras ella á toda rienda.

Perdí el rastro y cerróseme el camino
Sobreviniendo un aire turbulento,
Y así de acá y de allá, fuera de tino,
De una espesura en otra andaba á tienta:
Vista pues mi torpeza y desatino
Arrepentido del primer intento,
Sin pasar adelante me volviera,
Si alguna senda ó rastro yo supiera.

Gran rato anduve así descarrñado,
Que la oculta salida no acertaba,
Cuando sentí por el siniestro lado
Un arroyo que cerca murmuraba;
Y al vecino rumor encaminado,
Al pié de un roble que á la orilla estaba,
Vi una pequeña y misera casilla,
Y junto á un hombre anciano la corcilla

El cual dijo: «¿Qué hado ó desventura
Tan fuera de camino te ha traído
Por este inculto bosque y espesura
Donde jamás ninguno he conocido?
Que si por caso adverso y suerte dura
Andas de tus banderas foragido,
Haré cuanto pudiere de mi parte
En buscarte el remedio y escaparte.»

Viendo el ofrecimiento y acogida
De aquel extraño y agradable viejo,
Mas alegre que nunca fui en mi vida
Por hallar tal ayuda y aparejo,
Le dije la ocasion de mi venida,
Pidiéndole me diese algun consejo,
Para saber la cueva do habitaba
El mágico Fiton á quien buscaba.

El venerable viejo y padre anciano
Con un suspiro y tierno sentimiento
Me tomó blandamente por la mano,
Saliendo de su frágil aposento;
Y por ser á la entrada del verano
Buscamos á la sombra un fresco asiento
En una pedregosa y fresca fuente,
Do comenzó á decirme lo siguiente:

«Mi tierra es en Arauco, y soy llamado
El desdichado viejo Guaticolo,
Que en los robustos años fui soldado,
En cargo antecesor de Colocolo;
Y antes por mi persona en estacado
Siete campos vencí de solo á solo,
Y mil veces de ramos fué ceñida
Esta mi calva frente envejecida.

«Mas como en esta vida el bien no dura
Y todo está sujeto á desvario,
Mudóse mi fortuna en desventura,
Y en deshonor perpetuo el honor mio:
Que por extraño caso y suerte dura
Perdí con Ainavillo en desafío
La gloria en tantos años adquirida,
Quitándome el honor y no la vida.

«Viéndome pues con vida y deshonorado,
Que mil veces quisiera antes ser muerto,
De cobrar el honor desesperado
Me vine como ves á este desierto,
Donde mas de veinte años he morado
Sin ser jamás de nadie descubierto,
Sino agora de tí, que ha sido cosa
No poco para mí maravillosa.

«Así que tantos tiempos he vivido
En este solitario apartamiento;
Y pues que la fortuna te ha traído
A mi triste y humilde alojamiento,
Haré de voluntad lo que has pedido,
Que tengo con Fiton conocimiento,
Que aunque intratable y áspero, es mi tío,
Hermano de Guarcolo, padre mio.

»Al pié de una espesísima montaña,
Pocas veces de humano pié pisada,
Hace su habitacion y vida extraña
En una oculta y lóbrega morada,
Que jamás el alegre sol la baña,
Y es á su condicion acomodada,
Por ser fuera de término inhumano,
Enemigo mortal del trato humano.

»Mas su saber y su poder es tanto
Sobre las piedras, plantas y animales,
Que alcanza por su ciencia y arte cuanto
Pueden todas las causas naturales;
Y en el oscuro reino del espanto
Apremia á los callados infernales,
A que digan por áspero conjuro
Lo pasado, presente y lo futuro.

»En la furia del sol y luz serena
De nocturnas tinieblas cubre el suelo,
Y sin fuerza de vientos llueve y truena
Fuera de tiempo el sosegado cielo:
El rauda curso de los rios enfrena,
Y las aves en medio de su vuelo
Vienen de golpe abajo amodorridas
Por sus fuertes palabras compelidas.

»Las yerbas en su agosto reverdecen,
Y entiende la virtud de cada una;
El mar revuelve, el viento le obedece
Contra la fuerza y orden de la luna;
Tiembla la firme tierra y se estremece
A su voz eficaz, sin causa alguna
Que la altere y remueva por de dentro,
Apretándose recio con su centro.

»Los otros poderosos elementos
A las palabras deste están sujetos,
Y á las causas de arriba y movimientos
Hace perder la fuerza y los efetos:
Al fin por su saber y encantamiento
Escudriña y entiende los secretos,
Y alcanza por los astros inflüentes
Los destinos y hados de las gentes.